

César González Mínguez

**LA HISTORIA VASCA ANTE EL SIGLO XXI. LECTURA
ALAVESA DESDE LA HISTORIA MEDIEVAL**

INTRODUCCIÓN.

Al llegar o al concluir la grandilocuencia de los años terminados en cero, y más cuando desde ellos pasamos a otro siglo y a otro milenio, parece que nos sentimos en la obligación de hacer un repaso, una especie de balance, de lo que se ha hecho y también de lo que se pueda hacer en el nuevo ciclo cronológico que se inaugura. Es lo que hacemos, casi de forma instintiva, con el ritual de la noche de San Silvestre, aunque los brindis con cava atenúen las aristas más negativas de lo acontecido durante el año concluido y ahoguen entre doradas y chispeantes burbujas todo lo que de nuevo y de bueno nos proponemos conseguir a los largo del año que acaba de comenzar, y todo ello sazonado con la inevitable expresión, tópica y ritual, de “paz y felicidad”, que refleja la permanencia de un anhelo tan generalmente compartido como poco conseguido.

La historia, en esta coyuntura de cambio de siglo y de milenio, no podía escapar al rito de ese balance, que no es el del borrón y cuenta nueva, pues la historia no acaba, sencillamente continúa¹, aunque surjan dudas respecto a cómo ha de seguir su camino y algunos interesados profeticen su inmediato fin². Sirvan estas breves consideraciones de preámbulo para entrar ya en el contenido de este trabajo, en el que pretendo abordar tres cuestiones principales: La crisis de la historia, la historia que viene y la situación de la historia en el País Vasco, y todo ello desde la perspectiva de un medievalista que ejerce la docencia universitaria desde hace treinta años en la capital del territorio histórico de Alava, al que ha dedicado buena parte de sus investigaciones históricas.

LA CRISIS DE LA HISTORIA.

En la última década del pasado siglo España ha sido la sede de, al menos, tres importantes Congresos de Historia de carácter general, es

¹ G. DUBY, *La historia continúa*, Madrid, 1992.

² F. FUKUYAMA, *El fin de la Historia y el último hombre*, Barcelona, 1992.

decir, no limitados por ningún tipo de criterio temático o cronológico. El primero fue el 17º Congreso Internacional de Ciencias Históricas, que se celebró en Madrid en 1990³. Los otros dos fueron el I y II Congreso Internacional “Historia a Debate”, celebrados en Santiago de Compostela, en 1993⁴ y 1999⁵, coincidiendo con los dos últimos Años Santos Jacobeos del milenio. A través de las intervenciones de los innumerables ponentes y comunicantes que participamos en los mismos lo que observamos, desde mi particular punto de vista, no es tanto una crisis de la historia como la compleja situación de la misma, pero que se me antoja de crecimiento, de desarrollo, y de enriquecimiento temático, aunque acaso falte ahora el impulso orientador de un claro paradigma historiográfico, tras el evidente declive de las propuestas inspiradas en el marxismo o en la llamada Escuela de Annales.

La destrucción en 1989 del muro de Berlín, durante muchos años símbolo de la división de Europa en dos bloques irreconciliables, el occidental y el soviético, produjo en su día una conmoción general. A partir de entonces, tras el fracaso del modelo soviético, se abrió para muchos la posibilidad de un triunfo absoluto del modelo occidental capitalista, precedido de la muerte del marxismo y del anuncio del fin de la historia, según rezaba el título de un breve artículo publicado por Francis Fukuyama en el mismo año⁶.

Ante el desplome de la Unión Soviética y de Yugoslavia, fueron muchos los intelectuales que pusieron en tela de juicio no sólo sus regímenes políticos sino también sus presupuestos teóricos e ideológicos. Acaso fueron los historiadores los únicos que siguieron creyendo en la validez de las tesis fundamentales del materialismo histórico, al margen de su espectacular fracaso en las formulaciones políticas concretas, pero rebajarían un tanto su anterior tono combativo y militante. Conviene no olvidar, sin embargo, como ha escrito Francisco Fernández Buey, que “en líneas generales la visión marxiana de la historia, que pone el acento en la determinación de la conciencia por la estructura económica de la sociedad, que ve en las relaciones de producción un factor explicativo

³ *Actas del 17º Congreso Internacional de Ciencias Históricas*, Madrid, 1990-1992, 4 vols.

⁴ *Historia a debate*, Santiago de Compostela, 1995, 6 vols.

⁵ *Historia a debate*, A Coruña, 2000, 3 vols.

⁶ F. FUKUYAMA, «The end of History?», *The National Interest* (1989), versión castellana en *Claves de razón práctica*, 1 (abril 1990), pp. 85-96.

fundamental de las demás manifestaciones humanas, sigue siendo -por lo que yo conozco de las otras concepciones de la historia que compiten con ella- la más adecuada a los hechos, a lo que ha habido y a lo que hay⁷. Y al margen de la simpatía o contrariedad que produzca tal afirmación, siempre deberá tenerse en cuenta que la aplicación del paradigma marxista no siempre garantiza el resultado de una historia de calidad, por lo que deberá huirse siempre del maniqueísmo, fervientemente practicado por algunos colegas, que supone considerar siempre como buena la historia marxista y excluir sistemáticamente de tal calificación cualquier otra historia formulada desde un paradigma diferente.

En 1979 Lawrence Stone preconizaba una vuelta a la narrativa, ante la imposibilidad de dar una explicación científica coherente de las transformaciones del pasado⁸. Y la “microhistoria”, aparecida también en los años setenta, parecía dar la razón al famoso historiador británico. Así Nathalie Z. Davis, autora de *El regreso de Martín Guerre*⁹, cuestiona la existencia de una frontera entre el hecho y la ficción, por lo que lo factual y lo ficticio están íntimamente fusionados. Y de aquí se pasó fácilmente a la negación de la historia, como propuso el llamado “giro lingüístico” (*linguistic turn*), movimiento que se inició en Estados Unidos por los años setenta pero que alcanzó difusión en la década siguiente, siendo Hayden White uno de sus representantes más conocidos. Para los seguidores de esta tendencia “la historiografía no se diferencia de la poesía, sino que ella misma es poesía”, como ha escrito Georg G. Iggers¹⁰. La pregunta que podemos hacernos es si tales enfoques anuncian la muerte de la historia o constituyen estímulos decisivos para su renovación.

Es evidente que las previsiones más pesimistas respecto a la muerte o el fin de la historia no se han cumplido, afortunadamente. Y para constatarlo bastaría con hacer un sencillo recuento de la producción historiográfica en los últimos años del siglo pasado. En efecto, el volumen de obras históricas publicadas no ha disminuido, como podemos comprobar fácilmente con echar un simple vistazo al registro del ISBN o a los

⁷ F. FERNANDEZ BUEY, «Marxismo e historia hoy», *Problemas actuales de la Historia*, Salamanca, 1993, p. 225.

⁸ L. STONE, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present*, 85 (1979), pp. 3-24, traducido al castellano en *Debats*, 4 (1982), pp. 92-105.

⁹ N.Z. DAVIS, *Le retour de Martin Guerre*, París, 1982 [Barcelona, 1984].

¹⁰ G.G. IGGERS, *La ciencia histórica en el siglo XX*, Barcelona, 1998, pp. 96-97.

catálogos editoriales. El propio Lawrence Stone afirmaba ya en 1993 que la historia sí tenía futuro¹¹. Si se debate el fin de la historia o si se piensa que hay crisis en la historia, tales cuestiones no pueden entenderse al margen de las contradicciones y tensiones del mundo actual, es decir, la llamada crisis de la cultura occidental, que se expresa genéricamente en el denominado “posmodernismo”, y en el que la historia tiene que encontrar su papel.

Como ya he apuntado antes, en los años setenta del pasado siglo se inició la aparición de una serie de obras, que marcan nuevas tendencias historiográficas y han abierto nuevos horizontes o perspectivas a la historia. En 1973, Hayden White publicaba su *Metahistory*¹², y dos años más tarde aparecía *Montaillon, aldea occitana de 1294 a 1324*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, y se fundaba en Alemania Federal la colección de monografías titulada *Estudios críticos sobre la ciencia histórica*¹³; en 1976, Carlo Ginzburg publicaba *El queso y los gusanos*¹⁴, y en 1978 aparecía la *Nueva Historia*, dirigida por Jacques Le Goff¹⁵. Todas estas obras son representativas, respectivamente, del “giro lingüístico”, la historia de la vida cotidiana, la ciencia social histórica crítica, la microhistoria y la nueva orientación de *Annales* a partir de 1969 hacia la historia de las mentalidades y de la antropología histórica, como ha estudiado Carlos A. Aguirre Rojas¹⁶. A todas estas corrientes historiográficas se pueden añadir algunas más, como la historia de las mujeres, la historia de la vida privada, el resurgir del género biográfico, la renovación de la historia política y de la historia militar, el “giro crítico” de *Annales* en los años ochenta, la ecohistoria, etc. que amplían de modo extraordinario el panorama historiográfico de fines del siglo XX. Todo este complejo renovador tan variado ha de con-

¹¹ L. STONE, «The future of history», *Historia a Debate. I. Pasado y futuro*, A Coruña, 1995, pp. 177-189.

¹² H. WHITE, *Metahistory. The Historical Imagination in Nineteenth-Century*, Baltimore-Londres, 1973 (*Metahistoria. La imaginación histórica en la Europa del siglo XIX*, México, 1992).

¹³ *Kritische Studien zur Geschichtswissenschaft* (Conf. G.G. IGGERS, *La ciencia histórica...*, p. 66)

¹⁴ C. GINZBURG, *Il fromagio e i vermi*, Turín, 1976 (*El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981).

¹⁵ J. LE GOFF (Dir.), *La Nouvelle Histoire*, París, 1978 (*La Nueva Historia*, Bilbao, 1988).

¹⁶ C.A. AGUIRRE ROJAS, *La Escuela de los “Annales”. Ayer, hoy y mañana*, Barcelona, 1999.

tribuir poderosamente a un mejor conocimiento del pasado de la sociedad desde un punto de vista global, colaborando así a la mejor explicación y comprensión del presente.

Me parece bastante evidente que entre todas estas corrientes hay recursos suficientes para asegurar el futuro de la historia, siempre que seamos capaces de hacer frente a dos problemas recurrentes que han afectado a la historia de manera grave en la segunda mitad del siglo XX. Por una parte, pretender convertirla en un mero objeto de entretenimiento, equivalente a una obra literaria, carente de cualquier afán crítico, y, por otra, utilizarla desde un punto de vista político para servir a la legitimación del poder o del gobierno de turno. Es decir, ni se puede “literaturizar” la historia, ni debe ponerse al servicio exclusivo de intereses partidistas, por tanto deberá huir tanto del mero divertimento o anecdótico como de su politización partidista.

En resumen, las nuevas tendencias historiográficas, la diversificación temática, el rigor metodológico, la ampliación del espectro documental, la utilización de la arqueología, etc. han enriquecido de manera notable el quehacer del historiador. Podemos afirmar con Georg G. Iggers que “la historia no ha perdido en modo alguno su significado, sino que, gracias a la multiplicación de perspectivas, ha ganado en significado”¹⁷. La historia se transforma en una herramienta que a través de la observación del pasado permite hacer una crítica del mundo presente, incitando a la sociedad a reflexionar sobre como puede mejorar su futuro. Recordando a Josep Fontana, podemos afirmar que “somos muchos los que consideramos necesario recuperar el sentido de globalidad -la consideración de la historia como ciencia que intenta abarcar lo humano en su conjunto y explicar, con ello, el funcionamiento de la sociedad- y que deseamos seguir orientando nuestro trabajo de acuerdo con un objetivo que trascienda la ciencia, como es el de explicar el mundo real y enseñar a otros a verlo con ojos críticos, para ayudar a transformarlo”¹⁸.

LA HISTORIA QUE VIENE.

Con el objetivo de esclarecer cuál puede ser la situación de la historia en el siglo que acaba de empezar, se ha puesto en marcha un interesante proyecto de investigación interdisciplinar, dirigido por Carlos Barros, que

¹⁷ G.G. IGGERS, *La ciencia histórica...*, p. 107.

¹⁸ J. FONTANA, *La Historia después del fin de la Historia*, Barcelona, 1992, p. 114.

pretende definir el cambio de paradigmas historiográficos en curso. En su base está una macroencuesta, dirigida a más de 30.000 historiadores de todo el mundo, a través de cuyo análisis y del de la bibliografía internacional generada por el debate del cambio de siglo se pretende establecer de forma crítica qué destino queremos para la historia. En la formulación de los nuevos paradigmas hay que tener en cuenta que no todo lo nuevo es bueno, ni todo lo viejo es desechable, como se pone de relieve a través de los llamados “retornos” historiográficos, empezando por la biografía, la historia política o el giro positivista. Los nuevos paradigmas no sólo van a suponer cambios en los enfoques de la investigación empírica, sino que también van a afectar, y radicalmente, a la epistemología de la historia y a la relación del historiador con la sociedad¹⁹.

En la construcción del nuevo o de los nuevos paradigmas, Carlos Barros propone avanzar “sin hacer tabla rasa del pasado, procurando síntesis creativas, también entre las nuevas y las viejas historias, o entre la historia como ciencia y su prehistoria literaria, pero con los ojos puestos siempre en el presente crítico y en el futuro por construir”²⁰. El autor antes citado, madurando otras reflexiones suyas anteriores²¹, a la hora de perfilar cómo será la historia del siglo XXI aventura un diagnóstico sobre la cuestión, con el que estoy particularmente muy de acuerdo, y no vacila en caracterizar a la historia como más narrativa, más comprometida, más pensada, más interdisciplinar, más global y más reivindicativa. Es decir, una historia más narrativa, pero sin dejar de ser científica, y por tanto sin posibilidad de confundirla con la novela histórica; más comprometida, que es tanto como decir más en contacto con la sociedad, con las causas sociales y políticas, nacionales y religiosas, pero no como lo hizo la “historia militante” de los años 60 y 70, que sacrificó con frecuencia la objetividad histórica al servicio de un partido, ideología o causa; más pensada, en el sentido de más reflexiva, en la que el profesional de la historia no renuncie a pensar sobre epistemología, metodología, teoría de la historia o historiografía; más interdisciplinar, de forma que se profundice el

¹⁹ “El cambio de paradigmas historiográficos (1999-2001)”, proyecto de investigación dirigido por C. BARROS. Puede obtenerse información en la dirección de Internet had@cesga.es.

²⁰ C. BARROS, «El retorno de la historia», *Historia a debate. I. Cambio de siglo*, A Coruña, 2000, p. 159.

²¹ C. BARROS, «La Historia que viene», *Historia a debate. I. Pasado y futuro*, Santiago de Compostela, 1995, pp. 95-117.

diálogo de la historia con el conjunto de las ciencias sociales, e incluso con las ciencias de la naturaleza, pasando por las nuevas disciplinas surgidas de la sociedad de la información y las nuevas tecnologías; más global, pues dado que la globalización está unificando la historia del mundo, no se entiende más historia global que la historia mundial²², pero que debemos hacer compatible con el viejo y utópico ideal de la historia total; y, por último más reivindicativa, en el sentido de que la historia, y en consecuencia el historiador, no debe renunciar a jugar un papel destacado en la sociedad y en la cultura, respecto de otras disciplinas y ciencias, pero también de los poderes políticos y de los medios de comunicación social²³.

Llegados a este punto puede no resultar ocioso tratar de dar una definición personal de la historia. Cualquier historiador, prescindiendo de que lo haya explicitado o no, tiene su propio concepto de la historia. Pero definirla no resulta una tarea fácil. Por lo que a mi respecta me parece adecuada la siguiente propuesta definitoria: “Percepción actual del pasado de la humanidad en toda su integridad a través del estudio científico de los testimonios materiales conservados”. De esta propuesta me interesa destacar algunas cuestiones implícitas. Por ejemplo, el carácter unitario y global de la historia, es decir, sólo hay una historia cuya vocación es abarcar toda la realidad social en su variada riqueza. En esta línea, Pierre Vilar reconocía a la historia “como la única ciencia a la vez global y dinámica de las sociedades, en consecuencia, como la única síntesis posible de las otras ciencias humanas”²⁴. También merece la pena subrayar el reconocimiento del carácter científico de la historia, que se ve afectada en consecuencia por un constante proceso evolutivo, reflejo de las permanentes transformaciones epistemológicas y metodológicas inherentes al conocimiento científico, capaces de modificar, en el sentido de actualizar, la percepción que en cada momento tenemos del pasado, y, por último, conviene insistir en la necesidad de utilizar todo tipo de fuentes para su estudio, no sólo los tradicionales documentos escritos.

²² Ya en 1929, Johan Huizinga se refería a esta idea cuando escribía que “el pasado de nuestra cultura es hoy, por vez primera, el del mundo, nuestra historia es por vez primera una historia universal”. Conf. E. MITRE FERNANDEZ, *Historia y pensamiento histórico*, Madrid, 1997, p. 274.

²³ C. BARROS, «El retorno de la historia», pp. 164-173.

²⁴ P. VILAR, «Problèmes théoriques de l'histoire économique», *Aujourd'hui l'histoire*, París, 1974, p. 122.

LA HISTORIA MEDIEVAL DEL PAÍS VASCO: EL CASO DE ALAVA.

En 1990 publiqué algunas reflexiones sobre la historia del País Vasco, especialmente referidas a su etapa medieval, que entiendo siguen estando vigentes en su mayor parte²⁵. Alava, Guipúzcoa y Vizcaya constituyen un objeto bien definido para la investigación histórica, es decir, un campo de análisis histórico inteligible. Pero a pesar de lo mucho que se ha publicado en los últimos años, todavía son muchos los aspectos de la trayectoria histórica del País Vasco que permanecen oscuros o confusos, así como su propia articulación política como ente histórico diferenciado. Ambos aspectos son difícilmente comprensibles en la Edad Media si, estimulados en exceso por razones diversas hacia la búsqueda de unos rasgos diferenciales, expresión genuina de lo vasco, nos olvidamos de los marcos políticos englobadores que acogieron total o parcialmente a las provincias vascongadas, es decir, el reino asturleonés, el de Navarra y el de Castilla. Determinar cuál fue la influencia real que tales ámbitos políticos superiores ejercieron sobre el territorio vascongado y cuáles fueron, por otro lado, las pervivencias institucionales y políticas, o simplemente organizativas, a nivel familiar, social y económico, que la primitiva sociedad vasca legó a la Edad Media es una tarea difícil.

Otro aspecto a tener en cuenta, aunque se trate de una obviedad, es que resulta completamente estéril desde el punto de vista científico pensar que el País Vasco pudo mantenerse permanentemente al margen de las grandes transformaciones económicas, sociales, políticas y culturales que afectaron a todo el Occidente europeo en el Medievo.

Tales referencias generales deberán ser tenidas siempre en cuenta a la hora de intentar construir una “historia científica” del País Vasco, lejos tanto de los meros alardes eruditos o del simple aficionado, que en el mejor de los casos aportan materiales pero no construyen el edificio histórico porque falta la arquitectura conceptual, como de los peligrosos intentos manipuladores que al servicio de ciertas ideologías o intereses partidistas tratan de sacar lustre a no se sabe bien qué, algo así como unos “valores” o “esencias” permanentes de lo vasco, ingredientes perfectos para la elaboración de una “nueva historia mítica”.

²⁵ C. GONZÁLEZ MINGUEZ, «Perspectivas actuales de la Historia Medieval del País Vasco», *Presente y futuro de la Historia Medieval en España*, Madrid, 1990, pp. 49-63.

Conviene insistir en la gravedad que tiene cualquier tipo de manipulación histórica o de abuso en la utilización de la historia. Hace ya bastantes años Carlos M. Rama denunciaba que nunca debería pretenderse que la historia “actúe como un factor de civismo, propiciando el patriotismo, ensalzando los héroes nacionales, reforzando la nacionalidad, e incluso contribuyendo a la elevación del gobierno y sus jefes ocasionales, o del régimen político del momento”²⁶. Más recientemente, Pelai Pagés hacía al respecto el siguiente comentario: “Muchos son los ejemplos en que se pone de relieve cómo los programas educativos -escolares o no- referidos a la historia han sido sancionados, censurados o tergiversados directamente por el poder. En todas las etapas de la historia, las clases dominantes han tenido especial interés en *enseñar* la historia que más les beneficiaba”²⁷. Los grupos políticos que ejercen el poder con frecuencia caen en la tentación de utilizar la historia para justificar el orden establecido o las rentables transformaciones que en el mismo pretendan realizar. ¿Acaso no podemos observar el reflejo de estos malos usos de la historia en algunos de los manuales de historia que estudian actualmente los escolares de las Comunidades Autónomas españolas? ¿No es observable también el eco de tales problemas en el llamado “debate de las humanidades”, en el que se ha discutido con apasionamiento qué mínimos de historia común deben incluir los manuales de historia que se utilicen en las distintas Comunidades Autónomas?

Desde hace al menos tres décadas, es bien patente el desarrollo en España de los estudios históricos de carácter local y regional, que se han visto potenciados en buena medida a partir de 1978 con la aprobación de una nueva Constitución que consagra el llamado “Estado de las Autonomías”. Sin entrar a valorar el carácter bastante artificioso de algunas de ellas, no es menos cierto que tal realidad política justifica más si cabe la necesidad de profundizar en el conocimiento de las raíces históricas de los nuevos ámbitos políticos regionales o autonómicos, que forjaron por lo general en la Edad Media sus más claras señas de identidad. Se ha ido forjando así un destacado elenco de historiadores, que son especialistas, sobre todo, en su propia comunidad regional, pero ello ha implicado con frecuencia una pérdida o desenfoque de la visión de la historia común,

²⁶ C.M. RAMA, *Teoría de la Historia. Introducción a los estudios históricos*, Madrid, 1974, 3ª ed., p. 176.

²⁷ P. PAGES, *Introducción a la Historia. Epistemología, teoría y problemas de método en los estudios históricos*, Barcelona, 1983, p. 96.

con lo que se ha creado una historia fraccionadora y particularizante en el peor de los sentidos, cuyos resultados se nos presentan a modo de burbujas descontextualizadas.

Por otra parte, y tratándose de la historia medieval, quizá convenga hacer una breve alusión a la compleja y contradictoria visión que tenemos de la Edad Media, incluso de la mala utilización que hacemos de los adjetivos medieval y feudal, frecuentemente referidos como auténticos insultos. Por decirlo con palabras de Jacques Heers, “lo medieval da vergüenza, es detestable; y lo feudal, su carta de visita para muchos, es todavía más indignante”²⁸. La Edad Media se nos presenta así como una época oscura, salvaje, intolerante, ruda y brutal. Pero hay también, por influencia del romanticismo, una imagen idealizada de la Edad Media, que se manifiesta principalmente a través de las artes, en el brillo cortesano de las fiestas y torneos, el heroísmo de los caballeros, el amor cortés, etc. En efecto, se trata de dos visiones contradictorias que ayudan poco a conocer con rigor y objetividad la verdadera imagen de la etapa medieval. Y a ello hay que añadir la lectura “política” que de la misma se hace cuando en los vericuetos de su trayectoria se buscan los argumentos para las construcciones nacionales, alentadas por los nacionalismos de alcance regional, o supranacionales, como pueden ser los Estados que engloban varias nacionalidades, o la propia Unión Europea, suma de diversos Estados, lo que no deja de ser una instrumentalización o manipulación abusiva de la Edad Media, a la que se ha referido recientemente Giuseppe Sergi: “...a la instrumentalización de la Edad Media como ‘premisa’ hay que atribuir el recurso a los siglos premodernos para buscar las ‘raíces’, o la fase constitutiva de identidades nacionales, regionales o locales. En polémica con el universalismo dieciochesco y con el internacionalismo del siglo XX (buscado tanto en el capitalismo avanzado como en el llamado socialismo real), nacionalismos grandes y pequeños, correspondientes a culturas consolidadas o reinventados para la reivindicación política, encuentran en la Edad Media ‘imaginada’ (fraccionada y confusa, que ha dejado de ser romana y aún no está encuadrada en los estados modernos) el espacio ideal para colocar tradiciones especiales, míticos orígenes, antecipos de identidades étnicas, nacionales o incluso regionales”²⁹.

²⁸ J. HEERS, *La invención de la Edad Media*, Barcelona, 1995, p. 15.

²⁹ G. SERGI, *La idea de Edad Media. Entre el sentido común y la práctica historiográfica*, Barcelona, 2001, p. 23.

Para ir concluyendo, trataré de abocetar una síntesis sobre la situación actual de los estudios medievales sobre Alava³⁰. Conviene recordar que hasta principios de los setenta la principal puerta de acceso, casi única, a la historia de Alava eran las obras de Joaquín José de Landázuri, publicadas por vez primera a fines del siglo XVIII³¹. En 1971 se creó en Vitoria el Colegio Universitario de Alava, dependiente de la Universidad de Valladolid, experiencia previa que dio paso a la creación en 1978 de la Facultad de Filología y Geografía e Historia de la Universidad del País Vasco, cuya incidencia en la profunda renovación de los estudios históricos en nuestra Comunidad ha sido extraordinariamente positiva. En los años setenta también aparecieron dos obras fundamentales para la historiografía medieval alavesa, la de Gonzalo Martínez Díez, *Alava Medieval*³², y la de Micaela Portilla, *Torres y casas fuertes en Alava*³³, en las que quedan reformulados sobre unas sólidas bases documentales muchos aspectos de la historia institucional, política, social, urbana y de la cultura de Alava.

Vendrían después, a principios de los ochenta, dos importantes Congresos de Estudios Históricos. El primero fue organizado en 1981 por el Ayuntamiento de Vitoria para conmemorar el VIII centenario de la concesión del fuero de Vitoria por Sancho VI de Navarra, y congregó a un nutrido elenco de medievalistas. Las actas de la reunión fueron publicadas al año siguiente en un grueso volumen³⁴. El éxito de este Congreso fue tal que la Diputación Foral de Alava organizó para el otoño de 1982 otro Congreso de Estudios Históricos, dedicado al estudio de la formación de Alava. Como pretexto organizativo se apeló en esta ocasión al 650 aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982), cuestión emblemática de la historiografía medieval alavesa, y cuyas actas, de temática preferen-

³⁰ Intencionadamente excluyo cualquier referencia a trabajos de historia medieval que desde Alava se hayan hecho referidos a otros territorios, entre los que hay algunos de gran interés historiográfico.

³¹ J.J. DE LANDAZURI, *Obras históricas sobre la Provincia de Alava*, Vitoria, 1976, 4 vols., nueva edición. La primera edición, en 7 vols., apareció entre 1780 y 1799.

³² G. MARTÍNEZ DIEZ, *Alava Medieval*, Vitoria, 1974, 2 vols.

³³ M. PORTILLA, *Torres y casas fuertes en Alava*, Vitoria, 1978, 2 vols.

³⁴ *Vitoria en la Edad Media*, Vitoria, 1982.

temente medieval, ocupan tres volúmenes³⁵.

A partir de 1990, el Departamento de Historia Medieval, Moderna y de América de la U.P.V., del que he sido director hasta finales de 1998, ha convocando una serie de reuniones de historiadores, en forma de Seminarios de Historia de las Mentalidades o de Jornadas de Estudios Históricos, cuya octava convocatoria consideradas en conjunto tendrá lugar en noviembre del presente año. En las mismas se han tratado diferentes temáticas, no siempre medievales, y que afectaban preferentemente al conjunto del País Vasco o tenían un carácter aún más general. En las mismas, junto a profesores de la cantera local intervinieron otros especialistas, que en cada momento dieron a conocer lo más granado de sus investigaciones. Si cabe lamentar que, por el momento, sólo se han publicado las actas de dos de aquellas reuniones³⁶, que en conjunto han servido para poner en el escaparate científico la producción de algunos profesores del Departamento y poder relacionarla con las aportaciones procedentes de colegas de otras Universidades, con el consiguiente beneficio mutuo.

Una mención especial, por su destacado impacto, merece el Congreso Internacional sobre sistemas de información histórica, que tuvo lugar en Vitoria, en noviembre de 1997, organizado por las Juntas Generales de Alava. El mismo surgió como consecuencia de un Proyecto para el tratamiento de la documentación conservada en el Archivo del Territorio Histórico de Alava, correspondiente a la Hermandad General de Alava y a sus Juntas, aprobado por estas últimas a fines de 1990, y de cuyo equipo director formé parte³⁷. Las actas de dicho Congreso constituyen una novedosa aportación, tan sugerente como ambiciosa, sobre la utilización de las nuevas técnicas informáticas, tanto en lo referente a la investigación histórica propiamente dicha como en todo lo que afecta a la documentación en general (conservación, ordenación, digitalización,

³⁵ *La formación de Alava. 650 Aniversario del Pacto de Arriaga (1332-1982)*, Vitoria, 1984-1985, 3 vols.

³⁶ *La otra Historia. Sociedad, cultura y mentalidades*, Bilbao, 1993, y *Marginación y exclusión social en el País Vasco*, Bilbao, 1999.

³⁷ *Actas de las Juntas Generales de Alava*, Vitoria, 1994-1997, 10 vols. Abarcan las Actas comprendidas entre 1502 y 1599, y cada tomo va precedido de los correspondientes estudios introductorios.

etc.)³⁸.

No me parece oportuno en este momento ofrecer una larga relación de autores y de obras, que se han dedicado al estudio de los más variados aspectos de la historia medieval de Alava, aunque si conviene señalar que no todos los temas, como es lógico, han sido tratados con la misma profundidad y eficacia³⁹. La falta de una buena y completa síntesis sobre la historia medieval de Alava, que rebase el simple nivel divulgativo, constituye una prueba bien elocuente de que todavía las lagunas en la investigación son importantes, y, acaso también, nos advierte de la existencia de ciertos miedos a la hora de emprender una empresa de gran envergadura o, simplemente, se constata que ha habido otras prioridades investigadoras. Trataré a continuación de indicar algunas de esas lagunas, señalando al mismo tiempo ciertas pautas para el quehacer historiográfico de los próximos años.

Nos falta conocer muchas cosas de la presencia visigoda y musulmana en Alava y del primitivo condado de Alava, como también de la organización social del espacio en la Alta Edad Media. Las modificaciones de la frontera y la organización de los sistemas defensivos constituyen aspectos llenos de interés. Para el avance en todos estos temas se hacen absolutamente imprescindibles las aportaciones procedentes del campo de la arqueología, como se está poniendo de relieve a través de los testimonios obtenidos de las excavaciones que están llevándose a cabo en el subsuelo y en las inmediaciones de la Catedral de Santa María de Vitoria y que van a permitir replantear muchos aspectos concernientes a la vieja Gasteiz y a todo el primitivo poblamiento de la Llanada.

Es necesario profundizar en el conocimiento de los efectivos demográficos, aunque las limitaciones informativas son muy graves, y de la estructura de la sociedad alavesa, tanto a nivel de la clase feudal dominante como de las masas campesinas, bastante más heterogéneas de lo que a veces se presentan, así como el impacto que el desarrollo de las villas pudo tener en la configuración de nuevos grupos sociales. Aunque en líneas generales se conoce el proceso de reseñorialización de Alava, se

³⁸ *Congreso Internacional sobre sistemas de información histórica*, Vitoria, 1998, 2 vols.

³⁹ Como repertorio bibliográfico básico y actualizado, organizado temáticamente, sobre la historia medieval de Vitoria y de Alava puede utilizarse el contenido en la obra de I. BAZAN DÍAZ (Coord.), *Guía Histórica de Vitoria-Gasteiz*, Vitoria, 1999, pp. 80-86.

hace necesario estudiar en detalle cada uno de los señoríos nobiliarios que se configuraron en el territorio. Y en relación con lo anterior volver estudiar los conflictos sociales, al margen de muchos tópicos encadenados al tradicional estudio de las luchas de bandos. También hay que ampliar el horizonte investigador en el caso de la actividad económica, ya se refiera a la agricultura, a la artesanía o al comercio. En relación con este último, convendría replantearse las repercusiones de la crisis del XIV, que lo fue sobre todo del mundo rural, por lo que habría que evaluar nuevamente las consecuencias de la misma en las villas comerciales, como era el caso de Vitoria, acaso no tan graves como a veces se recalca. Es imprescindible, por otro lado, conocer bien el alcance de la expansión comercial bajomedieval de las villas, tanto a escala peninsular como, en algún caso, europea, al tiempo que sería necesario proseguir algunos trabajos ya iniciados referentes a la infraestructura viaria y a la organización de la arriería⁴⁰. También habría que tratar de evaluar, hasta donde fuera posible, la caída de las rentas señoriales, que probablemente no fue tan grave como se afirma en ocasiones.

No son nada abundantes los estudios sobre la organización eclesiástica de Alava en la Edad Media, tanto en lo que afecta al antiguo obispado de Armentia como a su dependencia del de Calahorra, a partir de 1088, así como los referentes a la red de parroquias y a la implantación de monasterios, ciertamente escasos, lo que ha repercutido en la notable falta de documentación. Poco se ha escrito sobre cofradías religiosas, vida espiritual, beneficencia y asistencia hospitalaria, etc., que constituyen temás de enorme interés y actualidad en el panorama historiográfico de estos momentos.

Siempre se ha prestado especial atención al mundo de las villas medievales, pero todavía hay muchas que carecen de una monografía que recoja su trayectoria medieval. La última publicada ha sido la de Berantevilla, cuyo fuero otorgado por Fernando IV en 1312 era desconocido hasta hace muy poco tiempo⁴¹. Ciertamente, la historia del mundo urbano alavés abre un abanico extraordinario de posibilidades investigadoras,

⁴⁰ C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ y M.C. DE LA HOZ, *La infraestructura viaria bajo-medieval en Alava. Documentos para su estudio*, Vitoria, 1991. La Tesis Doctoral de M.C. de la Hoz, en la que viene trabajando desde hace bastantes años, dedicada a estos temas vendrá a resolver muchas de estas cuestiones.

⁴¹ C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, *Berantevilla en la Edad Media. De aldea real a villa señorial*, Vitoria, 2000.

todavía débilmente explotadas, y que empieza por la recopilación, inventario y publicación de las colecciones documentales correspondientes. Organización institucional, fiscalidad, urbanismo, vida cotidiana y mentalidades, minorías, política social, sanidad, delincuencia y orden público⁴², imaginario urbano, arte y cultura, etc. son otros tantos temas en los que la investigación puede seguir ofreciendo aportaciones novedosas⁴³.

La historia de la mujer o la historia de la alimentación son temas prácticamente inéditos hasta la fecha para el caso alavés. Casi ocurre otro tanto con otros asuntos, como las relaciones de Alava con el poder monárquico o la proyección de dicho territorio en el resto de la Corona castellana, bien a través de la participación institucional, de la actividad reconquistadora o de la expansión señorial de la nobleza alavesa fuera del territorio de Alava.

Mejor suerte han corrido otras cuestiones como puede ser la participación de Alava en el “movimiento hermandino” o la génesis de las Juntas Generales de Alava⁴⁴, pero sigue echándose de menos un estudio comparativo de las hermandades y Juntas Generales de los tres territorios históricos, tema en el que vengo trabajando desde hace algún tiempo. Todavía están por hacer estudios individualizados y en profundidad de los principales dirigentes de las Juntas Generales de Alava, empezando por Diego Martínez de Alava, representante típico de la oligarquía vitoriana y pivote sobre el que gira el tránsito de la Alava medieval a la Alava moderna, y de otros muchos aspectos, si cabe más importantes, relacionados con la estructura de poder que se configura en Alava a fines de la Edad Media y de sus relaciones con la monarquía de los Reyes Católicos. Otro aspecto de interés es el estudio del “oficio público” en la Baja Edad Media, requisitos, formación, extracción social, etc.

Otro reto pendiente que no deja de tener su importancia, especialmente en un mundo cada vez más dominado por la imagen, es el de la adecuada representación cartográfica de la historia medieval de Alava,

⁴² I. BAZÁN DÍAZ, *Delincuencia y criminalidad en el País Vasco en la transición de la Edad Media a la Moderna*, Vitoria, 1995.

⁴³ Sobre vida cotidiana, mentalidades y política social tengo en marcha un estudio que pretende ofrecer una visión de conjunto sobre las villas medievales alavesas.

⁴⁴ C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, «Génesis y primer desarrollo de las Juntas Generales de Alava (1417-1537)», *Actas de las Juntas Generales de Alava*, Vitoria, 1994, vol. II, pp. VII-CXLI.

tarea en la que hay un largo camino por recorrer.

La reactivación del potencial investigador, bien alimentado por las nuevas generaciones de historiadores, debe afectar en primer lugar a un replanteamiento de muchos temas, viejos y nuevos, incluso de aquellos que fueron hasta cierto punto objeto predilecto de la historiografía vasca. Se trata de repensar la historia, muchas veces para purificarla de extrañas adherencias, de burdas manipulaciones o de míticos ingenios. La operación no es en sí misma complicada, basta con volver a reflexionar con rigor y espíritu crítico sobre los documentos conservados y sobre la historiografía producida, utilizando criterios puramente científicos, y volcar los resultados en un lenguaje literariamente bello e inteligible. Pero todo ello deberá llevarse a cabo sin dejarse subyugar en exceso por modelos interpretativos pensados para otros territorios bien diferentes, sino que valorando y asumiendo lo que de positivo pueden tener tales aportaciones debemos ser capaces de construir lo que podríamos definir como modelo alavés de desarrollo histórico, es decir, y concretando, una historia medieval de Alava tan integrada como contrastada con la historia medieval globalmente considerada, ya sea desde una óptica española como europea.

Al menos sobre tres temas importantes, judíos, luchas de bandos y villas, he practicado recientemente cierta disección revisionista, tratando de mejorar su comprensión desde una perspectiva que integra todo el País Vasco y apuntando nuevas líneas de investigación. Aludiré, brevemente, a tales cuestiones.

En el País Vasco los judíos, aunque proporcionalmente menos numerosos que en otros territorios de la Corona de Castilla, vivieron de acuerdo con lo que podríamos llamar el paradigma general⁴⁵. La historiografía vasca sobre este tema ha tenido un carácter variopinto, carente en ocasiones del más mínimo rigor histórico. Algunos autores se han empeñado en sostener que en el País Vasco no hubo judíos ni descendientes de ellos, manteniéndose siempre un alto grado de pureza étnica. Otros, por el contrario, pretendieron satanizar al pueblo vasco haciéndole descendiente de los primeros judíos llegados a España. También constituye otro tópico carente de fundamento el afirmar que la sociedad vasca fue más tolerante que la del resto de la Corona de Castilla con relación a los judíos. Hay que salir al paso de tales apriorismos, que apuntan hacia la cons-

⁴⁵ Véase mi artículo «Sobre la marginación de los judíos en el País Vasco: mito y realidad», *Marginación y exclusión social...*, pp. 55-80.

trucción de una historia mítica, completamente irreal, que apenas merece crédito alguno en la actualidad. Defender a ultranza purezas étnicas o aludir a mezclas insultantes, lo mismo que aureolar una trayectoria histórica con un inexistente halo de tolerancia, no es más que una forma de falsificación o de manipulación de la historia.

La bibliografía sobre las luchas de bandos es abundantísima, pero de calidad desigual, y algunos trabajos son tan prolijos y confusos como el propio relato cronístico de Lope García de Salazar. Desde mi punto de vista, entiendo que las claves de la explicación de los enfrentamientos banderizos no están sólo en los parámetros de tipo económico, sino que debemos buscarlas también, y de forma prioritaria, en el horizonte cultural y mental de la época, especialmente movedido en momentos de grandes cambios y transformaciones, como sucedió en el tránsito de la Edad Media a la Edad Moderna. Sólo así entenderemos de una forma total el sentido de la dialéctica plagada de violencia que se estableció entre el mundo burgués de las villas y el feudo-señorial de la nobleza rural vasca, el primero tratando de imponer su modelo de sociedad -la estamental, la de la familia conyugal, la del individualismo- y el segundo de mantener el suyo -el del linaje, el de la familia extensa, el del sentimiento de “valer más”-, y entenderemos también el fuerte y perdurable arraigo que parece tener en la sociedad vasca lo que podríamos definir como una especie de “*fuertza banderizante*”, que afecta tanto a la sociedad rural como a la urbana, y que de alguna forma se ha prolongado hasta nuestros días⁴⁶.

Por último, las villas medievales vascas constituyen otro tema estrella de la historiografía vascongada. Pues bien, en el estudio de las mismas hay todavía mucho camino por andar, y se está aún lejos de poder presentar una síntesis interpretativa, coherente y crítica, de valor científico en sentido histórico, de todo lo que fue el mundo urbano medieval en el conjunto del País Vasco, no en cada uno de sus tres territorios por separado, Alava, Guipúzcoa y Vizcaya. Baste con señalar un primer problema de apariencia elemental todavía no resuelto, como es la simple nómina de las villas. En efecto, quienes se han aproximado al mundo de las villas ni siquiera están de acuerdo en la elaboración del catálogo de las mismas y de cuál fue la duración del proceso de urbanización, que unos circunscriben al arco cronológico comprendido entre 1140 (Salinas de Añana) y

⁴⁶ C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, «Linajes nobiliarios y luchas de bandos en el espacio vascongado», *La nobleza peninsular en la Edad Media*, León, 1999, pp.199-225.

1383 (Villarreal de Urrechua), pero que para otros puede ampliarse desde el 1100 (Villafranca de Estíbaliz), aproximadamente, hasta 1515 (Lagrán). Por otra parte, los distintos autores que han tratado el proceso de urbanización del País Vasco en la Edad Media han hecho, por lo general, propuestas de periodización del mismo no desde una perspectiva global sino refiriéndose exclusivamente a cada uno de sus territorios históricos, y ni siquiera ofrecen el mismo número de cortes periodológicos, ni son coincidentes los argumentos justificativos de los mismos⁴⁷.

BALANCE FINAL.

En este panorama de carácter general no estará de más destacar lo mucho que se ha recorrido en el camino de la construcción de una historia científica, es decir, crítica y documentada, de Alava en la Edad Media. Pero falta todavía mucho por hacer, empezando por la labor sistemática de recopilación y publicación de documentos, en la que tanto ha colaborado la Sociedad de Estudios Vascos, a través de su magnífica colección de *Fuentes documentales medievales del País Vasco*, de la que hasta el momento han aparecido 107 volúmenes, pero de los que sólo ocho corresponden a fondos alaveses. También hay que destacar la importante labor que está llevando a cabo Irargi, Centro de Documentación con sede en Vergara, dependiente del Gobierno Vasco. La búsqueda de documentación no sólo deberá hacerse en los archivos públicos, generales o locales, o en los archivos eclesiásticos, sino también en los archivos privados, en los que todavía se guardan preciosos documentos inéditos que son, sin duda, piezas claves para la perfecta comprensión del pasado medieval alavés. Igualmente es necesario insistir en aras de dicho objetivo en la necesidad cada vez más perentoria de utilizar la arqueología y la toponimia, que se nos brindan como instrumentos esenciales para el mejor conocimiento del poblamiento y de la cultura material.

Sería injusto no mencionar ahora, dado que se trata de un magnífico instrumento de trabajo, la extraordinaria Biblioteca de la Fundación “Sancho El Sabio”, creada en 1964 y con sede en Vitoria, que por la calidad y número de sus fondos bibliográficos de tema vasco la convierten en una de las bibliotecas especializadas más importantes del mundo,

⁴⁷ C. GONZÁLEZ MÍNGUEZ, «A propósito de la fundación de Mondragón y la difusión de su fuero por Guipúzcoa: Reflexiones sobre cronología y periodización del proceso de urbanización del País Vasco en la Edad Media» (en prensa).

y cuyo acceso informatizado facilita enormemente al investigador todo tipo de consultas.

Con sus ventajas e inconvenientes, aciertos o fracasos, la historia medieval de Alava debemos situarla dentro del amplio contexto de la historia medieval en España y de España. El balance efectuado, aunque esquemático, concuerda perfectamente con el que ofrecen en general los estudios medievales españoles en su conjunto, tal como fue presentado recientemente en el transcurso de la XXV Semana de Estudios Medievales de Estella, celebrada en 1998⁴⁸. Situación que no es mala en general pues los progresos historiográficos han sido muy importantes durante las tres últimas décadas del siglo XX y no tienen por qué detenerse en el siglo recién estrenado, aunque todavía se puedan completar y mejorar más algunos registros investigadores.

Desde mi particular punto de vista, el futuro de la historia medieval de Alava pasa por la construcción, que ya está iniciada sobre buenas bases, de una historia crítica, no mitificada sino desmitificadora, que sea un instrumento útil para la comprensión del pasado y para la conquista de un esperanzador futuro, protagonizado por una sociedad libre, igualitaria, solidaria y democrática. Y en el logro de esa meta, pese a diferencias de matiz o escuela, creo que trabajamos juntos muchos historiadores.

⁴⁸ *La Historia Medieval en España. Un balance historiográfico (1968-1998)*, Pamplona, 1999.